

La cita (Ante un cuadro de Edward Hopper)

'E' n el primer plano observamos parte de una mesa redonda en la que reposa una botella de güisqui, un ancho vaso de cristal estriado y una lámpara cuya base es una esfera de porcelana negra y su pantalla de color marrón oscuro. La lámpara está encendida. Su escasa luz disimula lo deslustrado de la estancia, y se agradece. A1 fondo, la cama. En un plano intermedio entre la mesa y la cama, sentada en un sillón de orejas de color verde ciprés, calzando unos humildes zapatos negros, está ella mirando por la ventana en actitud de aburrida espera, la mancha negra de la noche rota por unos destellos amarillos: el trazo luminoso que dejan los automóviles al circular por la carretera.

Está preocupada. Hace tiempo que espera. Tampoco acudió a su anterior cita. Claro que después se disculpó y, para obtener el perdón, la obsequió con una docena de pequeñas rosas rojas, tan caras y tan difíciles de encontrar en pleno invierno. "Se alargó la reunión, querida. Me resultó imposible llamarte", dijo en actitud contrita. Ella le creyó, o fingió creerle. Intuye que, lentamente, lo va perdiendo. Esto la angustia.

Lleva ya un retraso de cuarenta y cinco minutos. Al principio distrajo la espera curioseando por la habitación

del motel. Olía a humedad, a moho y a desinfectante económico. Todo era funcional. Precario. Barato. Y sórdido. Idóneo para las relaciones funcionales, precarias, baratas y sórdidas: clandestinas. Como la suya.

Acudió con antelación a la cita: quería sorprenderlo ya desnuda. Quería prender en él la llama del deseo, resucitar el perdido ardor de sus primeros encuentros.

Un ligero temblor la estremece. Se siente como una colegiala que ha tomado una decisión ingenua y pueril, impropia de la maliciosa y escéptica sensatez que rigen las acciones de los adultos. Lo que antes había considerado una buena idea capaz de estimular la pasión de ambos se ha convertido, al transcurrir el tiempo, en una idea ridícula. La ilusión inicial se había retirado como el reflujo de una ola dejando, sobre la impresionable arena de su conciencia, los desgarros de viejos fantasmas y temores que, aunque a veces silenciados, siempre están presentes.

Ha tenido tiempo para observarse. Odia su cutis, excesivamente blanco, sus senos que abandonan ya la turgencia de la juventud, sus manos, tal vez un poco demasiado grandes, tal vez un poco demasiado delgadas...

Abre el mueble bar y se sirve un vaso de güisqui. Luego continúa el riguroso escrutinio de su cuerpo, demorándose en la observación de las pequeñas arrugas que cuarteán la comisura de sus labios, en la incipiente bóveda de su barriga. Piensa: "es cruel envejecer". Necesita beber.

Comprende que mengüe el deseo de su amante, pues son evidentes los signos que anuncian el declinar de su belleza. ¡Y llegó a ser tan bella y deseada! Con mano temblorosa se acerca el vaso a los labios. Bebe. Y mientras bebe, solloza.

Comienza a lloviznar. Tiene frío, pero su voluntad átona le impide levantarse y ponerse algo de abrigo. Únicamente desea dormir.

Olvidar. ¡Si no despertara jamás del sueño!

Oye girar una llave en la cerradura. Es él. Con paso deci

dido cuelga la mojada gabardina en el perchero y deposita el maletín de piel sobre la mesa. Se acerca.

-Perdona el retraso, amor. Hubo un accidente...

Ella continúa ovillada en el sillón, como un pájaro desvalido en un nido que ya no le ofrece refugio. Él observa su mirada acuosa y brillante.

-¿Llorado, cariño? ¿Qué te pasa? -se interesa solícito.

Ella amaga una sonrisa.

-Nada. Cosas mías. No preguntes. Sólo abrázame. Abrázame muy fuerte. Y júrame que jamás, jamás, me abandonarás. ¡júramelo!

Y comienza a llorar mansamente, sin estridencias, mientras los conductores penetran con sus veloces vehículos el corazón de una noche en lágrimas, quizás buscando un refugio donde descansar del largo cansancio y desasosiego acumulados a lo largo de los años. Ingenuos, ignoran que no existe tal lugar, que lo único que les queda es el vértigo estéril de la huida hacia delante.

-Te lo prometo, cariño -responde él sin convicción.